

PABLO DE SANTIS

**LA HIJA DEL
CRIPTÓGRAFO**



La novela comienza donde termina: ante el cuerpo muerto de Ezequiel Colina Ross, profesor de criptografía de quien Miguel Dorey, narrador de este relato, fue alumno. El padre lo destinaba a heredar un estudio de abogacía, pero sus intereses lo llevan hacia Filosofía y Letras, donde empieza a asistir a las clases de Colina Ross, experto tanto en lenguas perdidas de la Antigüedad como en los códigos de los espías.

En torno a Colina Ross se forma un grupo de alumnos que funda el Círculo de Criptógrafos. Arrastrado por el ambiente, Miguel Dorey empieza a participar en la incipiente actividad política. En una manifestación conoce a Eleonora, una estudiante de carácter muy singular que será la clave de varios secretos.

Corren los primeros años setenta: la radicalización de la política y los hechos dramáticos que desembocarán en la dictadura más tenebrosa de la Argentina condicionan los pasos de los protagonistas. El Círculo tiene éxito: publican Cuadernos de la Esfinge y mantienen muy buenas relaciones con universidades de todo el mundo. Muy pronto las urgencias políticas se imponen a las académicas, y el Círculo —gracias a Víctor Crámer, viejo enemigo de Colina Ross— se convierte en instrumento de una organización guerrillera. En el pasado, Crámer y Colina Ross se enfrentaron por su interés en la obra de un criptólogo inglés que logró descifrar la enigmática «lengua de Dédalo». Pero son los años setenta. ¿Habrá tiempo todavía para esos juegos con los signos de la remota Antigüedad?

Índice de contenido

Introducción

Primera parte: El Círculo

- Qué es la criptografía
- Oscuridad
- Hospital Rawson
- Ciencias humanas
- Conversación en el subte A
- El fantasma de Crámer
- Bobby Tarrés
- El humo
- El núcleo fundador
- Cineclub
- El sacapuntas
- La lengua de Dédalo
- Maldany
- La visitante
- El poema
- El triunfo
- La despedida
- La maldición cretense
- La promesa

Segunda parte: La invasión

- Barnes
- Los recién llegados
- Crámer
- Lenguas olvidadas
- El maletín de Crámer
- Sistema postal
- La expulsión

Tercera parte: Apogeo y caída

Un apoyo técnico
Viaje a La Plata
El incidente de la bicicleta verde
Una casa en ruinas
Crónica
Cineclub
La fuente del sapo
Nimrod
Segunda visita a la mansión Colina Ross
La maldición cretense II
La última función
Mudanza
El fin del Círculo

Cuarta parte: La oficina de los hombres pálidos

La lengua de la radiación
El golpe de Blasco
El discípulo del padre Miral
El orden de los materiales
N23
Un mensaje secreto
Los archivos
Exit

Quinta parte: El templo de las sales Colina

El mundo exterior
La vida en Liliput
Los secretos que guardamos
Noticias de Colina Ross
Volver
La «madre» del mensaje
El enemigo
Exceso de equipaje
Mil dardos
Pruebas de galera

El último mensaje

Sobre el autor

Introducción

Cuando aquella mañana helada de 1983 encontré al profesor Colina Ross en su sepulcro de sal pensé, en un instante de miedo y confusión, que sería mejor abandonar la casa y dejar aquella muerte en el secreto. Pero las cosas no ocurrieron así: a las llamadas telefónicas y los inevitables policías y expertos forenses siguieron las necrológicas eruditas, los honores académicos, las placas conmemorativas y los minutos —los veinte segundos— de silencio. Sólo faltó que se lo homenajeara con la verdad; pero ocurre que la verdad nunca sirve de homenaje.

Asistí por primera vez a una clase de Colina Ross en el otoño de 1970, y entré en el círculo de humo y palabras creyendo que seríamos cientos sus acólitos. Pero éramos apenas veinte. Había imaginado que sólo el aula magna correspondía al aura del profesor, pero la cartelera de la facultad, más digna de fe que mis esperanzas, indicaba un antro subterráneo. Bajé las escaleras de cemento hasta llegar a un aula angosta y oscura. En el fondo se arrumbaban bancos rotos patas arriba, un ejército de escarabajos derrotados.

Me senté en el fondo, entre los pocos estudiantes, todos callados, tiritando, a pesar de que el otoño recién empezaba. La mitad fumaba, a nadie le importaba que se tratara de un sótano mal ventilado. Los minutos pasaban y yo era el único que miraba la puerta, esperando que apareciese el profesor; trataba de convencerme de que aquel marco de frío y tedio era el escenario adecuado para el des-

lumbramiento. En los cuentos de hadas y las viejas leyendas los sabios siempre habitan en chozas, o en cuartos olvidados del gran palacio, o duermen y oran en lo alto de una columna o en una cueva del desierto.

Algún estudiante se marchó, vencido por la demora o la ausencia, y otros empezaron a hablar de exámenes, monografías y manifestaciones. Entonces apareció Colina Ross, con un cigarrito Avanti en un costado de la boca. No se disculpó por su retraso. Puso sobre la mesa un viejo portafolio de cuero marrón del que sacó libros y papeles. En las dos horas que siguieron no miró una sola página.

El tono monocorde de Colina Ross me daba sueño, la criptografía me aburría. ¿Para eso había venido? ¿Para eso me enfrentaba con mi padre? Voy a irme antes del final de la clase, me dije, y no voy a volver nunca más.

El profesor, mientras encendía otro de sus espantosos cigarritos, nos decía: No nos interesa la criptografía por la prolija labor de los espías, ni por los jeroglíficos, ni por las lenguas desconocidas que nadie ha descifrado jamás. Nos interesa la criptografía porque no sabemos qué piensan los que nos rodean y porque a menudo ni siquiera sabemos lo que pensamos nosotros mismos.

Fue como si esa clase hubiera continuado a través de las horas y los días, hasta que quince años después entré en el sepulcro de sal y di por terminada la lección.

PRIMERA PARTE

El Círculo

Qué es la criptografía

El doctor Ezequiel Colina Ross era una leyenda para mí desde que leí un delgado volumen de tapas rojas titulado *Qué es la criptografía*. Contaba de modo muy simple la historia de los mensajes secretos y explicaba el modo de descifrarlos a través de la frecuencia con que las letras aparecían en cada idioma. También se proponía mostrar todo lo que tenían en común los criptoanalistas —empeñados en descifrar mensajes del enemigo— con los arqueólogos, que luchaban contra palabras misteriosas escritas miles de años antes. El librito había sido publicado a comienzos de la década del sesenta por la editorial Columba, en una colección que se ocupaba de indagar también qué eran la literatura inglesa, la física cuántica, el existencialismo y la astronáutica.

Colina Ross no publicó en su vida ningún otro libro, a pesar de que era el mayor especialista en criptografía y lenguajes herméticos del país. Le eran tan familiares las palabras labradas en tumbas milenarias como los libros de códigos de los agentes secretos. Hasta ese entonces nunca había escrito mi nombre en los libros, pero recuerdo que en la portadilla anoté, con letra redonda y clara: Miguel Dorey, 5 de septiembre de 1968. Y dejé caer una gota de tinta, modesto *ex libris*.

Yo tenía entonces dieciséis años y cursaba, sin problemas ni honores, el cuarto año del bachillerato en un colegio católico de Ramos Mejía. Apenas leí aquel librito empecé a resolver los ejercicios que planteaba en las últimas páginas y a inventar mis propios sistemas de claves. A partir de las indicaciones del autor llegué a construir un modesto dispositivo de cifrado que consistía en una base de madera, con las letras del alfabeto escritas en él, y dos anillos de latón,

también con sus abecedarios. Era una simplificación extrema del procedimiento que estaba en la base de la famosa Enigma, la máquina que los alemanes habían usado en la Segunda Guerra y que permitía codificar y descifrar mensajes.

Mi modesto dispositivo no era otra cosa que el juego de un solitario, ya que no conseguí a nadie que compartiera mi afición. Yo mismo era el que enviaba y el que recibía los mensajes, tratando de olvidar su contenido para que el juego pudiera funcionar. Un inútil intento de duplicarme.

Pero mi padre no había planeado que me dedicara a los mensajes secretos. Había elegido para mí la carrera de Derecho y esperaba que yo continuara con su estudio, un cuarto piso en la calle Talcahuano, a pasos de Tribunales, en un edificio donde sólo había abogados y escribanos. Le hice caso y me anoté en Derecho. Durante dos años tomé el tren Sarmiento y luego algún colectivo; a veces me iba caminando desde Plaza Once hasta la facultad, por la Avenida Pueyrredón. Cursé cinco materias en primer año y otras cinco en segundo —las materias en ese entonces eran anuales—, y di parciales y finales sin grandes aciertos ni mayores dificultades. A mi padre no le preocupaba demasiado esta falta de ambición: le parecía que tanto las malas notas como los exámenes brillantes desentonaban con la mística misma del Derecho, disciplina destinada a exaltar la necesidad de la paciencia y la moderación.

Como mi casa estaba muy lejos de la facultad, me acostumbré a hacer tiempo en los alrededores. Solo o acompañado pasaba horas en la confitería de Bellas Artes, aguardando o demorando el momento de asistir a clase. A veces desistía de las populosas clases teóricas —que reunían a medio millar de alumnos— y me escapaba al Ital Park, perfumado con el olor de las garrapiñadas y el aceite quemado de los juegos mecánicos.

En 1970, leí en el suplemento dominical del diario *La Nación* un artículo donde Colina Ross comentaba un libro

de René Guénon, *El esoterismo de Dante*. Recordé entonces la emoción que me había causado la lectura de *Qué es la criptografía*. Por alguna razón había pensado entonces que el autor estaba muerto, o que era extranjero, o inalcanzable. Pero al pie del artículo se decía que el autor de la nota dictaba una cátedra llamada *Criptografía y escrituras perdidas*. De inmediato fui a la facultad de Filosofía y Letras —entonces en la Avenida Independencia— y pregunté por esa cátedra. Una mujer de largas pestañas postizas me informó que no habría clases de esa materia hasta el año siguiente, pero podía anotarme en cambio en un seminario que el profesor Colina Ross daba en otra sede. Fui entonces al edificio de la calle 25 de Mayo, que ya entonces parecía un edificio abandonado y a punto de derrumbarse por el peso de las toneladas de papel. Allí, en un aula del subsuelo, vi por primera vez al profesor. Al principio sólo podía asistir como oyente, porque no era alumno de esa facultad, pero eso me bastaba. El seminario era los viernes a la tarde. La Facultad de Derecho tenía las dimensiones de un palacio, y había sido construida de una vez y para siempre; en contraste, la Facultad de Filosofía y Letras ocupaba sedes siempre provisionales; una facultad itinerante que se hospedaba en edificios abandonados.

En 1972, después de haber cursado como oyente dos seminarios, ejecuté de un modo sorpresivo un plan que había armado en mi cabeza durante las clases de Derecho romano: dejé la casa de mi familia en Ramos Mejía y me fui a vivir al centro, a una pensión para estudiantes. Pero antes tuve que pasar por el mal trago de informar a mis padres que abandonaba casa y carrera.

La casa de mi familia en Ramos Mejía era un chalet grande, con un jardín en el fondo donde todavía sobrevivía una hamaca de madera sostenida por cadenas de hierro y rodeada de glicinas. El centro espiritual de la casa consistía en un gran comedor al que nunca entrábamos, porque estaba reservado para una ocasión especial —una cena con

abogados amigos de mi padre, una reunión benéfica de mi madre con sus amigas— que nunca se producía. Comíamos en el comedor diario o, si no hacía frío, en la galería que daba al jardín. El domingo que informé a mis padres de mis planes comimos en la galería. Habían caído algunas hojas, y el amarillo contrastaba con el verde invencible del pasto, abrigado por la última lluvia. El viento trajo el ruido del tren, y mi madre dijo «Los trenes cuando pasan me dan una tristeza». Yo expliqué mis decisiones atolondradamente, pero como algo ya hecho y juzgado. Entonces mi madre me dijo en voz muy baja, como si se tratara de un antiguo secreto al que le había llegado el turno de la revelación, que la gran ilusión de mi padre era que me hiciera cargo de su estudio, cuando terminara la carrera. El estudio de la calle Talcahuano me esperaba con sus sillones de cuero verde y su mesa gigantesca, y los anaqueles llenos de libros encuadernados en cuero azul que llegaban hasta el techo, y la secretaria Stella Maris, soltera, discreta y eficaz, que formaba parte del mobiliario.

Mi madre siguió explicándome todo lo que yo ya sabía, lo que me habían repetido durante mi adolescencia. Mi padre había heredado ese estudio de su socio y maestro, el doctor Euclides Samir, que fuera vicepresidente de la Asociación de Abogados. Nunca había tenido esperanza de que mi hermana, seis años mayor que yo, se interesara en el Derecho, pero siempre había estado convencido de que yo lo ayudaría con los casos; elogiaba lo que él llamaba «el ojo para la letra chica», la capacidad de advertir detalles que los demás pasaban por alto. Y ahora yo renunciaba a todo eso: al Derecho, a la herencia de Samir, a tener una secretaria perfecta como Stella Maris.

Al ver que no me convencía, mi madre empezó a echarle la culpa a mi padre, que había trabajado demasiadas horas durante mi infancia; a un profesor de literatura del colegio secundario; a la colección de novelas policiales El séptimo Círculo, que había llenado mis veranos; a la fatalidad.

Mi padre no le echó la culpa a nadie, sólo abrió la boca para pedir que le alcanzaran la sal. Pero desde entonces empezó a hablarme cada vez menos. En lugar de partir de un gran enojo inicial para, con el correr de los días, corregirlo o atemperarlo, se tomó el asunto al principio como un pequeño disgusto, y luego fue profundizando su encono, como si mi pecado no hiciera más que crecer.

Cuando los visitaba, los domingos al mediodía, sólo se escuchaba la voz de mi madre, que hablaba de los problemas con la mucama, de las plagas que atacaban las plantas del jardín, de la vecina de enfrente que tomaba sol desnuda. Mi padre no hablaba ni me miraba y tomaba la sopa de verduras y después la carne con ensalada y los duraznos en almíbar sin levantar los ojos del plato. Si mi hermana estaba presente, el clima se distendía apenas un poco.

Después del café yo me escapaba con la excusa de exámenes y monografías. Aliviado y abatido a la vez, me pasaba todo el viaje de regreso en el tren Sarmiento pensando en el silencio de mi padre; ya no era un silencio hecho de palabras calladas, de reproches a los que no daba oportunidad de aparecer, sino que se trataba de un silencio hecho sólo de silencio: nada para decir, nada que reprochar, ningún pensamiento en el centro de aquella obstinación. Me parecía a veces que mi viejo problema de audición —que había marcado mi infancia y mi adolescencia— volvía a mí, ya perfeccionado, y ahora, en vez de borrar una parte de todas las voces y sonidos, solo borraba la voz de mi padre.

Para poder subsistir y pagar la pensión daba clases de apoyo de castellano y literatura a alumnos secundarios y ayudaba a cuatro profesoras a hacer una interminable antología de literatura regional argentina. Nos reuníamos en el departamento de una de ellas, en Palermo. Todas tomaban té y me acostumbré también a tomar té. Eran profesoras de secundario, ya jubiladas y con tiempo libre ilimitado. Alguna había llegado a rectora, otra a vice. Se quejaban de las nuevas generaciones de profesores, ignorantes y maledu-

cados; de las viejas generaciones, esas momias petrificadas; de las inspectoras del ministerio, delatoras a sueldo; de los alumnos, más bestias con cada calendario. A medida que pasaban los meses y la antología avanzaba, las profesoras iban dividiendo el territorio en subregiones y microregiones, amenazando con parcelarlo hasta la extinción. Para cada paisaje encontraban un cuento, un fragmento de algún autor de memorias dado a la evocación de montañas y ríos, una copla de autor anónimo u olvidado. Yo las escuchaba, tomaba notas de sus ideas, pasaba a máquina los poemas que ellas traían a mano, o que habían señalado con pedacitos de papel en ajados libros comprados en su juventud. Gracias a ellas me enteraba de la existencia de poetas que desconocía por completo, como Manuel Castilla o Juan Sebastián Tallon. Les gustaba mucho Alfonsina Storni, a la que yo conocía sólo de lecturas escolares, y de la que me encantaron los poemas de los últimos años. Pero también debía prestarle atención a los scones y strudel de manzana que preparaban para cada reunión (había que repartir con equilibrio los elogios y no dejar ninguna tarta sin probar, la autora lo hubiera considerado una ofensa imperdonable).

Era un buen trabajo, pero a los cinco o seis meses se terminó: una de ellas, la más razonable de todas, enloqueció de golpe y en medio de una homilía en la iglesia del Pilar se subió al púlpito, ignoró las advertencias del sacerdote y empezó a declamar sobre el futuro negro que le esperaba a un país sin Dios. Se la llevaron en ambulancia, la antología se suspendió y ya no hubo scones ni strudel. Para entonces yo ya trabajaba como profesor suplente en un colegio secundario.

Oscuridad

A las clases de Colina Ross llegaban de continuo estudiantes que interrumpían para anunciar marchas, paros, homenajes al Che Guevara o a algún manifestante muerto en algún lugar del mundo. Proclamaban el progreso y el futuro, pero las ceremonias fúnebres los obsesionaban: siempre había algún muerto para canonizar. A través de la muerte, los nombres se convertían en símbolos; y así el apellido de algún estudiante desconocido muerto en una refriega, o a causa de una bala perdida o no tan perdida, pasaba a ser una palabra que concentraba voluntades, un sinónimo de la injusticia y a la vez del porvenir. A través de la muerte, los desconocidos escalaban posiciones en un viaje simbólico, y aunque no llegaban al poder del Che Guevara —eran apenas nombres, no caras— se despojaban de sus circunstancias triviales —la carrera que habían estudiado, alguna novia, las desavenencias con los padres, que siempre las había— para cambiarlas por las circunstancias de su muerte.

Colina Ross era el único profesor que intentaba hacer callar a los integrantes de esta comisión de homenaje permanente, y eso había creado una especie de perpetuo encono entre los estudiantes y él. En general podía evitarlos, ya que los alumnos se olvidaban de esa aula perdida, la húmeda gruta de Colina Ross. Pero durante un paro estudiantil, los activistas del centro de estudiantes se pusieron más estrictos que de costumbre y fueron aula por aula, para obligar a todo el mundo a interrumpir y salir a la calle.

Recuerdo que esa vez Colina Ross estaba hablando del interés de Edgar Allan Poe por los mensajes secretos. Contaba cómo Poe lanzaba desafíos a los lectores del periódico *Alexander's Weekly*. Les proponía textos cifrados, y los lectores debían enviarle cartas con las respuestas al enigma.